

Una muestra en el principado sobre el pintor, que luego viajará a Bilbao, se centra en sus relaciones con otros autores

# Francis Bacon en el casino de Mónaco



MB ART FOUNDATION

Un aspecto de la muestra, ahora en Mónaco, y que a partir del 30 de septiembre podrá verse en Bilbao

ÓSCAR CABALLERO  
Mónaco. Servicio especial

**F** Francis Bacon, *Mónaco y la cultura francesa*: no es el título de un ensayo erudito, sino el de la exposición que, con 66 obras importantes del pintor nacido en Dublín en 1909 y fallecido en Madrid en 1992, confrontadas con las de algunos de sus maestros o inspiradores, de Picasso a Velázquez, de Toulouse-Lautrec a Léger, de Giacometti a Van Gogh, y escenografía inspirada en Gordon Craig, se despliega sobre 4.000 metros cuadrados del Grimaldi Forum, de Mónaco. Única como su título. Porque si el 30 de septiembre la muestra se instalará en el Guggenheim bilbaíno, allí se llamará *Francis Bacon de Picasso a Velázquez*, porque estará centrada en la relación del pintor con sus referentes españoles.

Montada gracias a préstamos de una veintena de museos (de España, sólo el de Bellas Artes de Bilbao) y de otras tantas colecciones y con el apoyo de la discreta Francis Bacon MB Art Foundation (MB por Majid Boustany, el hombre de negocios que la creó el 2014), la exposición tiene un comisario *baconiano*, Martin Harrison. Este inglés de 71 años no sólo es el autor del catálogo razonado del pintor, publicado en abril, sino también de una decena de ensayos sobre su obra. Harrison organizó ya dos exposiciones sobre Bacon, en Dusseldorf y en Londres.

Si se le pregunta ¿por qué Mónaco? Harrison responde que “fue aquí, entre 1946 y 1949, donde Bacon reformuló íntegramente sus ideas sobre el arte. Había encontrado su tema, el cuerpo humano. Y aunque guardó poco de lo que aquí

pintó, Mónaco fue el catalizador de su nueva y definitiva manera”.

Además, “si la referencia fuerte, histórica, de su pintura, es la del retrato del papa Inocencio X de Velázquez (1650), cuya primera versión pintó justamente en Mónaco, hay influencia francesa (Degas, Manet, Toulouse-Lautrec) o de artistas instalados en Francia (Gauguin, Giacometti, Picasso, Van Gogh), en la factura de sus obras”.

“Tampoco hay que olvidar –subraya– que entre 1974 y 1984 Bacon tuvo taller/apartamento en París. De allí proviene el espléndido retrato de su amigo Michel Leiris, fecha-

do en 1976 y presente en la exposición. Y si bien la Tate le consagró sendas retrospectivas, la más importante para él fue la del Grand Palais de 1971. Porque el único pintor vivo que había recibido tal honor fue Picasso, en 1966. Bacon dejó esta frase: ‘Si mi trabajo es reconocido en Francia, consideraré que he triunfado’”.

Francia y la pintura se le presentan a sus 17 años, en 1927, cuando es recibido en casa de los Bocquentin, en Chantilly, cerca de París. Yvonne Bocquentin, que frecuenta el mundo artístico, le descubre a Picasso, en la galería parisina de Paul Rosen-

berg. Ahí, dirá más tarde, supo que sería pintor. Nacido y criado en el confort de una familia rica, de origen inglés, nada en su infancia tuvo que ver con el arte.

En julio de 1946, Erica Brausen, que dos años más tarde se convertirá en su marchante, le compra *Painting*. Su primer cuadro bien vendido. Aquellas doscientas libras son una fortuna, que Bacon decide dilapidar en Mónaco. Acompañado por su ama de cría de luminoso apellido, Jessie Lightfoot, y su mecenas y amante, Eric Hall, se instala en el hotel Re, de Mónaco, su primer domicilio, antes de cambiarlo por el

Balmoral. Pero en realidad, su verdadera casa, en los cuatro años que pasará en el principado, será el casino. En 1966, en carta al escritor y crítico de arte británico David Sylvester, explicará su fascinación por ese casino monegasco al que “uno puede entrar a las 10 de la mañana para salir a las 4 de la madrugada del día siguiente”.

Si *Painting* es hoy, muy revisitado por su pincel, uno de sus cuadros célebres, Bacon se desprendió con él de su primera etapa. Y en Mónaco pintó su primera versión del Papa Inocencio, obsesionado por el retrato que Velázquez realizó hacia el año 1650.

**Su verdadera casa, en los cuatro años que vivió en el principado, fue el casino, donde dilapidaba su dinero**

El principado y el sur de Francia serán destino de sus múltiples estancias. En los cincuenta y sesenta, con sus amigos del Soho. Las dos décadas siguientes lo verán más bien con amigos parisinos. Y con John Edwards, a la vez compañero y musa. Aunque el aire mediterráneo le iba bien por su asma crónico, Bacon prefería el del casino. De tal palo: su padre, capitán de artillería reconvertido en entrenador de caballos de carrera, era un jugador inveterado. “Y el pequeño Francis –asegura Boustany– validaba las apuestas paternales en Correos”.

De hecho, la visita de la fundación, instalada en una de esas villas monegascas del Boulevard d'Italie que tanto gustaban a Bacon, con pinceles, caballetes, cartas, fotos y libros del pintor, culmina en un salón donde, con fondo sonoro –los *Nocturnos* de Chopin, que Bacon apreciaba– reina una ruleta. (Histórica: Bacon organizaba su propio casino, en su taller londinense de Cromwell Place, mientras Jessie Lightfoot montaba guardia, por si desembarcaban los *bobbies*).●



PRUDENCE CUMING ASSOCIATED LTD / THE ESTATE OF FRANCIS BACON  
**Head VI (1949), el Papa aullante de Francis Bacon**

## Retrospectiva con detritus interactivos

■ Una foto ampliada de Bacon, un costillar de buey en cada brazo, alegoría de la crucifixión, recibe al visitante. Luego, los pintores –Toulouse-Lautrec, Jean Lurçat, Léger– que influenciaron al cachorro de pintor, entre 1929 y 1933.

“Yo no quiero contar una historia, sino provocar un choque visual”, dirá. Lo consigue desde la segunda sala: en torno al *Inocencio X* de Velázquez, algunas de las famosas declinaciones de Bacon en torno al grito, incluido el impresionante *Head VI* (1949), el Papa que aúlla.

Dos dibujos de Giacometti justifican el nombre de la sala siguiente:

*Caverna negra*. La transición son dos telas de la serie consagrada a Van Gogh, prólogo al trabajo de Bacon sobre el cuerpo humano. Y otra sala didáctica, con el primer tríptico, expuesto en el Grand Palais en 1971. Tres salas para los *Opus*. Y la última tela del artista, de 1991, inédita. Cambio de escala: pequeños formatos con retratos de amigos.

Para completar el periplo, una evocación del mítico estudio londinense de Reece Mews. Fotos de su apartamento y *detritus* –como él denominaba la acumulación de objetos y documentos– de su taller. En medio del salón, una caja de

color naranja, de las dimensiones reales de aquel estudio, para que el visitante viva la estrechez de aquel espacio del que sin embargo salieron cuadros de hasta dos metros por metro y medio. En un momento de riqueza, Bacon compró en Londres otro espacio, amplio y luminoso. Pero al cabo de una temporada sin poder pintar, volvió al caos de Reece Mews.

El verdadero fin de fiesta es el espacio interactivo que clausura la visita: cada cual puede fabricar “nuevos detritus” (páginas de revista, viejas postales, fotos amarillentas) como los que llenaban el taller de Bacon.